

Mitología griega

El largo viaje de Ulises

Relato de Graciela Montes
Dibujos de Liliana Menéndez



Mitología griega

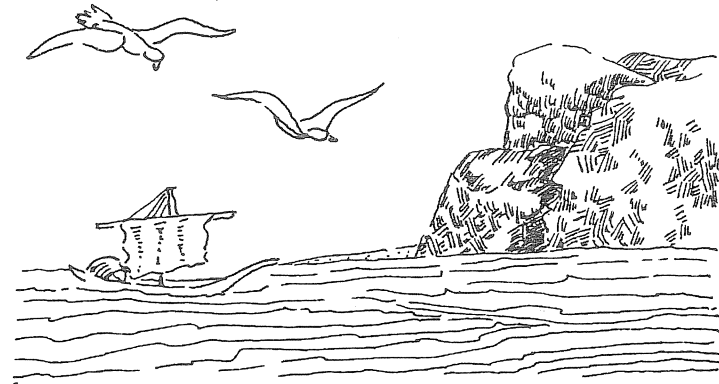
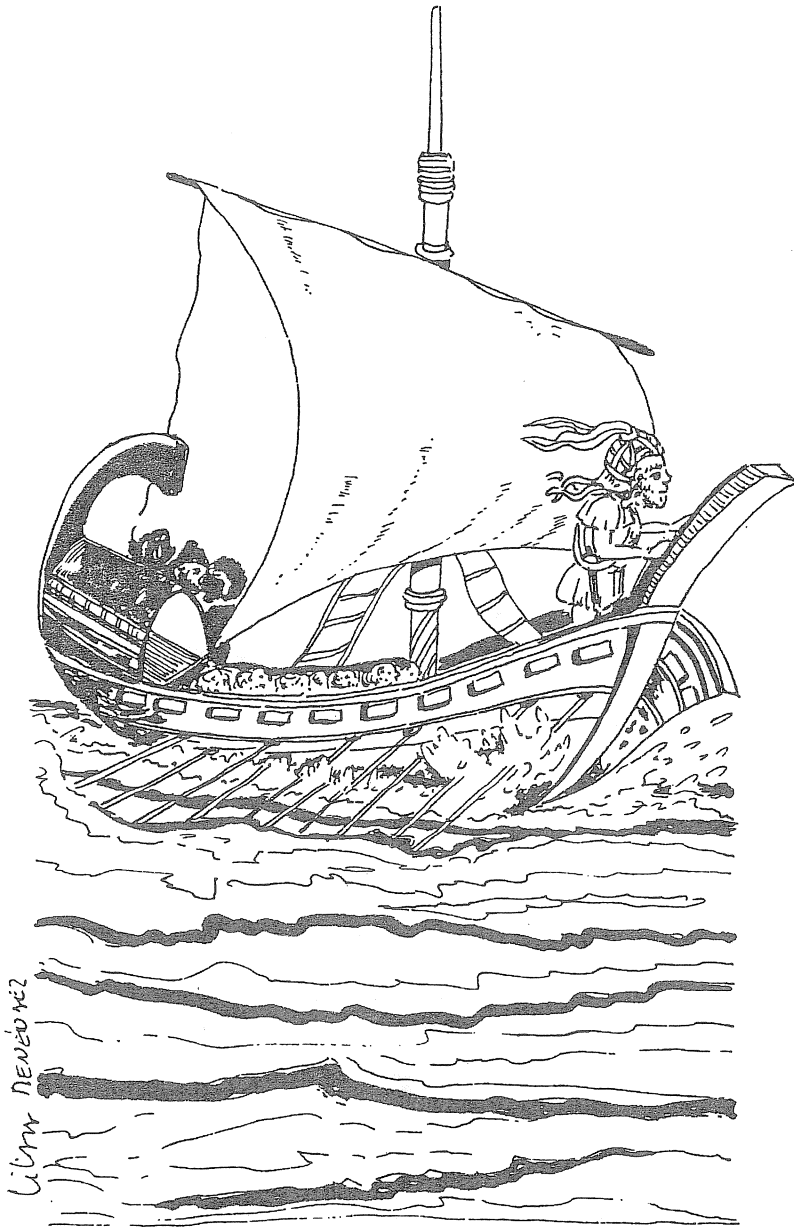
EL LARGO VIAJE DE ULISES

Relato de
GRACIELA MONTES

Dibujos de
LILIANA MENÉNDEZ



Gramón-Colihue / Buenos Aires



Uno de los cuentos que más les gustaba contar a los griegos era el del largo viaje de Ulises, el más astuto y más ingenioso de todos los héroes.

La gran guerra de Troya había terminado por fin y los griegos que habían acompañado a Menelao en la empresa de rescatar a la bella Helena se embarcaron de regreso a sus casas. Entre ellos iba Ulises, el inventor del famoso caballo de madera con el que habían terminado de derrotar a los troyanos.

Faltaba de su reino, Ítaca, desde hacía ya más de quince años. Habían sido años duros, de guerra y de muerte, y Ulises estaba ansioso por reencontrarse con Penélope, su esposa, y con Telémaco, el hijo al que había besado por última vez cuando era sólo un bebé.

Pero no fue fácil el regreso y, según asegura Homero —el poeta griego que contó esta historia—, Ulises y sus hombres pasaron por mil y una aventuras antes de poner los pies en su querida isla.

A poco de comenzar a navegar se aproximaron a una isleta de aspecto salvaje. Sólo una de las embarcaciones, la de Ulises, ancló en la costa, para buscar agua dulce y provisiones. Los demás se mantuvieron alejados: no sabían qué podían depararles esos parajes tan extraños.

Ulises y sus compañeros desembarcaron y comenzaron a internarse tierra adentro. Llegaron de pronto a una gran gruta y entraron en ella para explorarla. Era muy amplia y, al parecer, estaba habitada. Había provisiones de todo tipo: jarras de leche fresca, crema, queso, miel, vino y pequeñas manadas de ovejas y carneros muy bien instalados en prolijos corrales. En el centro, un gran hogar con brasas aún encendidas y muchas pilas de leña a los costados.

Apenas habían empezado a recorrer la estancia, husmeando en los tarros y en los jarrros, cuando sintieron de pronto que la tierra temblaba bajo sus pies y vieron que las ove-

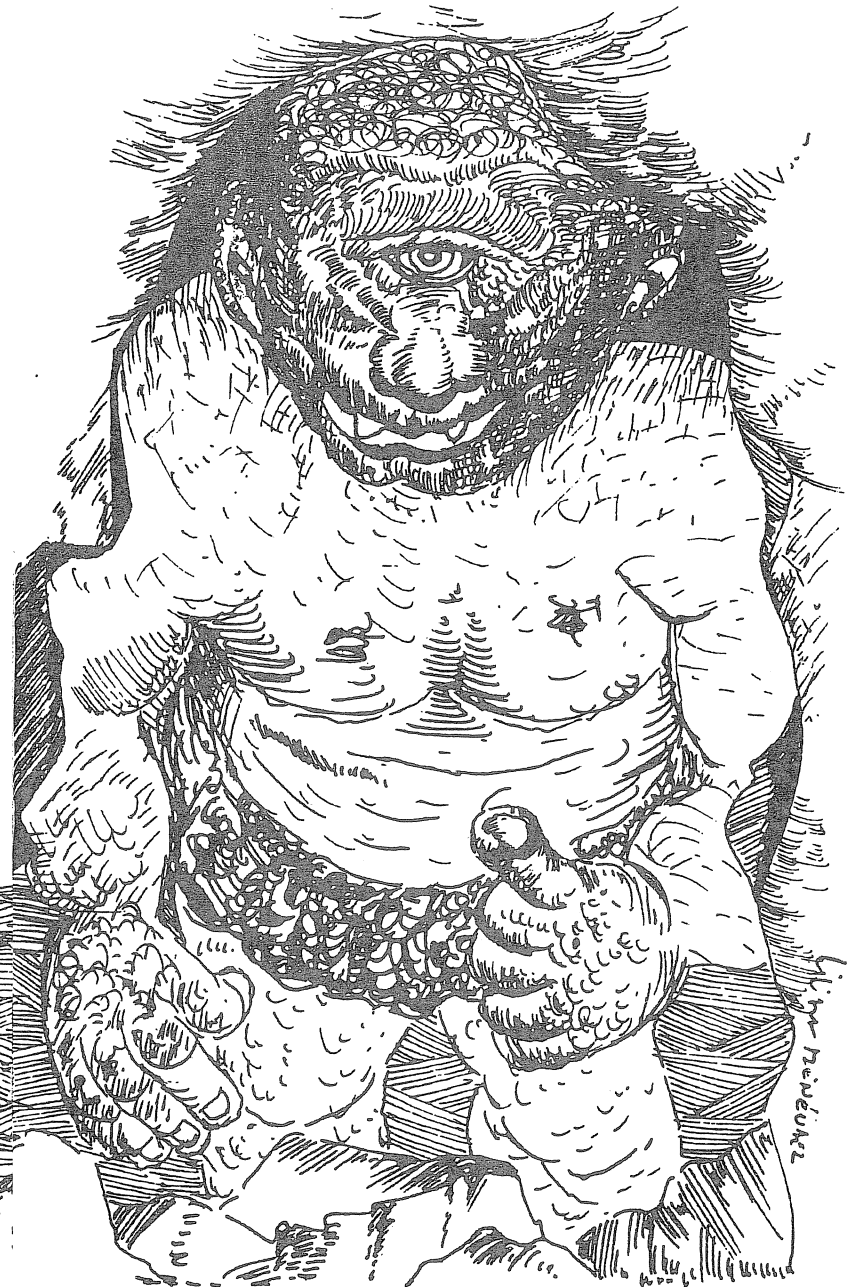
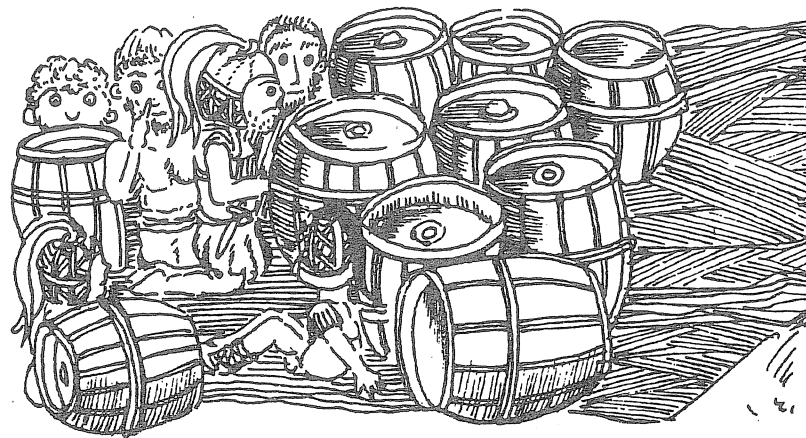


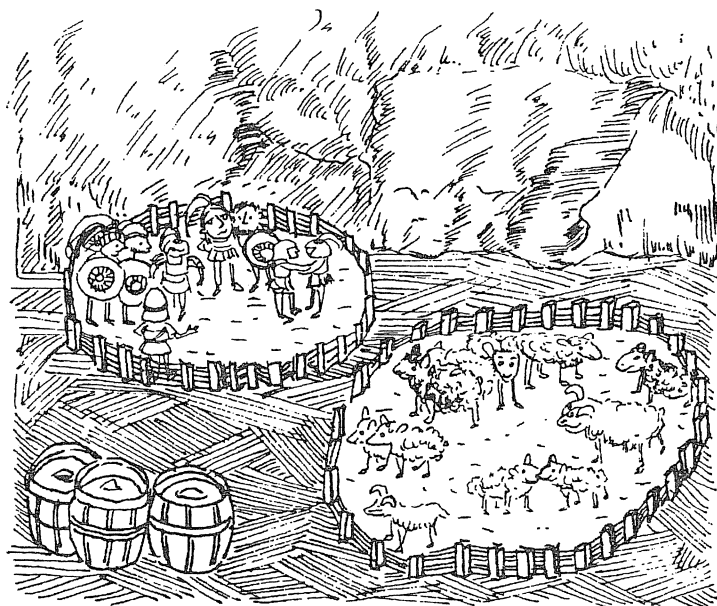
jas empezaban a sacudirse como cuando está por desatarse una tormenta.

Sin perder tiempo, se ocultaron lo mejor que pudieron detrás de unos toneles y desde ahí vieron recortarse en la entrada de la cueva la figura gigantesca de Polifemo, el cíclope.

Era un monstruo poderoso, alto como cinco hombres, con el rostro cubierto de pelos y un solo ojo redondo y negrísimo en la mitad de la frente. Vivía con otros hermanos cíclopes en esta isla alejada donde jamás antes habían llegado los hombres.

Aterrados, los griegos trataban de pasar desapercibidos en su escondite. Pero, desgraciadamente, Polifemo los vio. Les clavó toda la furia de su único ojo y rugió como un tigre enfurecido.





—Hombrecitos ridículos —dijo—, me los voy a comer uno por uno.

Y trajo unos listones de madera, hizo un nuevo corral, semejante al de las ovejas, y allí encerró a Ulises y sus hombres.

Después cerró la entrada de la cueva con una piedra tan pesada que ni veinte bueyes juntos la habrían podido mover, y se dispuso a comer.

Avivó el fuego. Se sirvió un jarro de vino y luego levantó en el aire a dos de los griegos que se amontonaban en el corral y se los tragó como quien se traga un pescado.

Los demás gritaron de horror y empezaron a creer que ése sería el fin de todos.



Y tal vez hubiese sido el fin de todos de no haber estado allí Ulises, el más astuto entre los hombres.

Al día siguiente, cuando Polifemo salió de la cueva para llevar a sus ovejas a pastar y volvió a sellar la entrada con la roca, Ulises dio órdenes precisas: había que buscar algún madero grueso y largo y afilarlo en la punta. Luego había que esperar en silencio y con paciencia a que volviese el monstruo.

El monstruo volvió y, al igual que la noche anterior, avivó el fuego, se sirvió un jarro de vino y luego levantó en el aire dos griegos y se los tragó.

Pero esta vez Ulises lo llamó desde el corral y le dijo con la voz más amable de la tierra:

—Señor cíclope, ¿no querría usted que le sirviera un poco más de vino?

El cíclope miró con sorpresa a ese grieguito que se atrevía a dirigirle la palabra, pero, como había comido bien y estaba de buen humor, aceptó lo que Ulises le proponía y le abrió la puerta del corral para que pudiese ir a servirle vino.

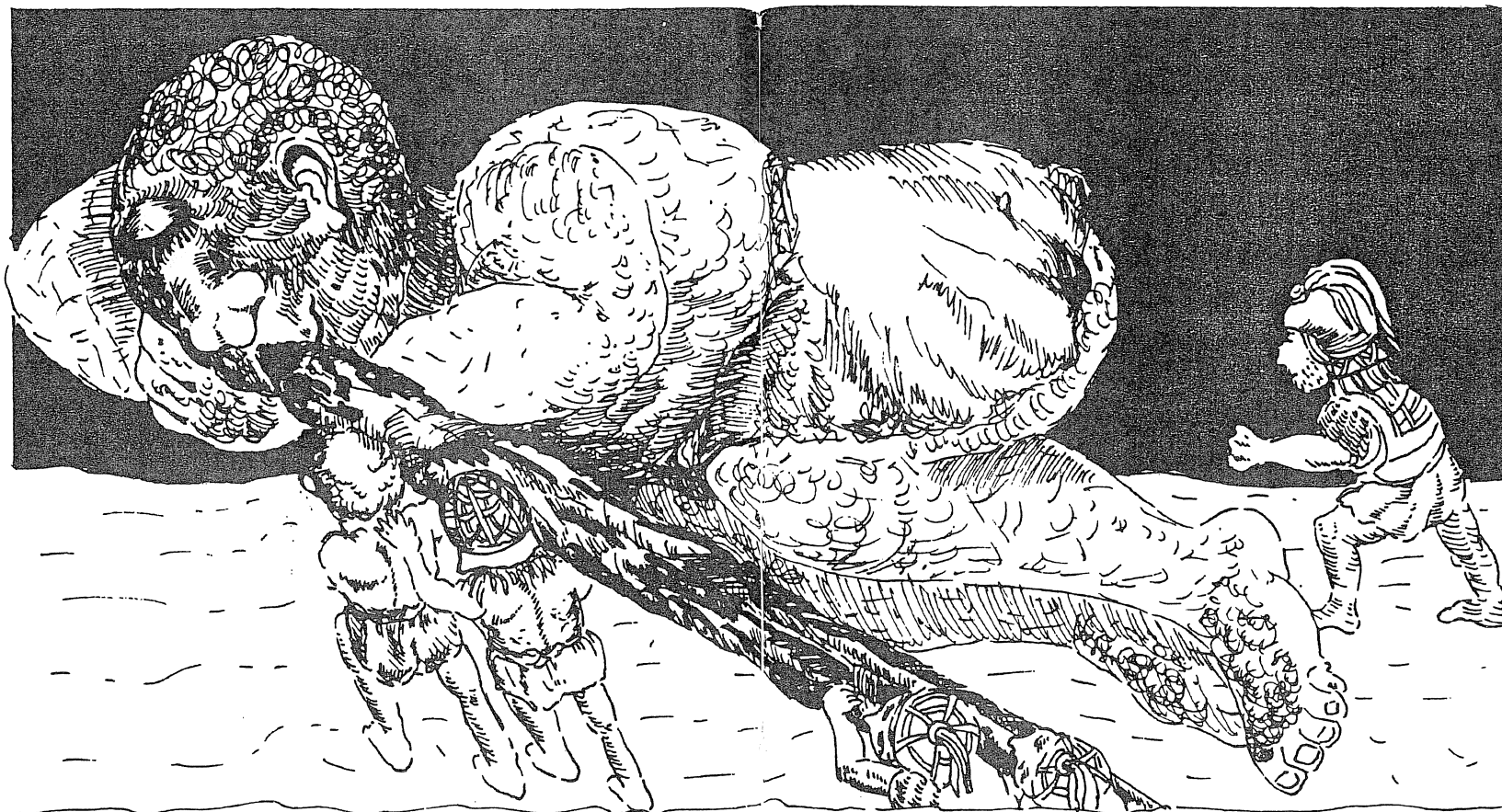
Ulises se apresuró a servirle un jarrón bien colmado.

—¿Cómo te llamás, hombrecito? —pregun-



tó Polifemo, bastante bien dispuesto con este sirviente inesperado.

—Me llamo Nadie, señor —dijo Ulises.



—Bueno, Nadie —se sonrió Polifemo—, como premio a tus servicios, te prometo que serás el último que trague.

—Gracias, señor —dijo Ulises. Y agregó: —¿No quiere un poco más de vino?

Polifemo vació su jarro de vino y Ulises le ofreció más. Y le siguió sirviendo de ese vino espeso y rojo hasta que el cíclope se

empezó a tambalear y luego cayó dormido al suelo.

Entonces Ulises les abrió la puerta del corral a los amigos y, entre muchos, levantaron el leño al que le habían afilado la punta, lo revolvieron entre las brasas hasta encenderlo y, con un fuerte impulso, lo clavaron hasta el fondo en el ojo único del gigante dormido.

Es imposible describir el aullido de un cíclope. Es más profundo que el rugir de una catarata, que la explosión de un volcán, que el crujir de un terremoto. La gruta se sacudió como un papelito con sus gritos y las ovejas empezaron a balar desesperadas.

Con un gran esfuerzo Polifemo logró arrancarse el leño punzante, fue trastabillando hasta la entrada de la cueva, sacó la roca y llamó a sus hermanos cíclopes.

Acudieron todos en masa a preguntar qué le había sucedido a Polifemo que aullaba tanto.

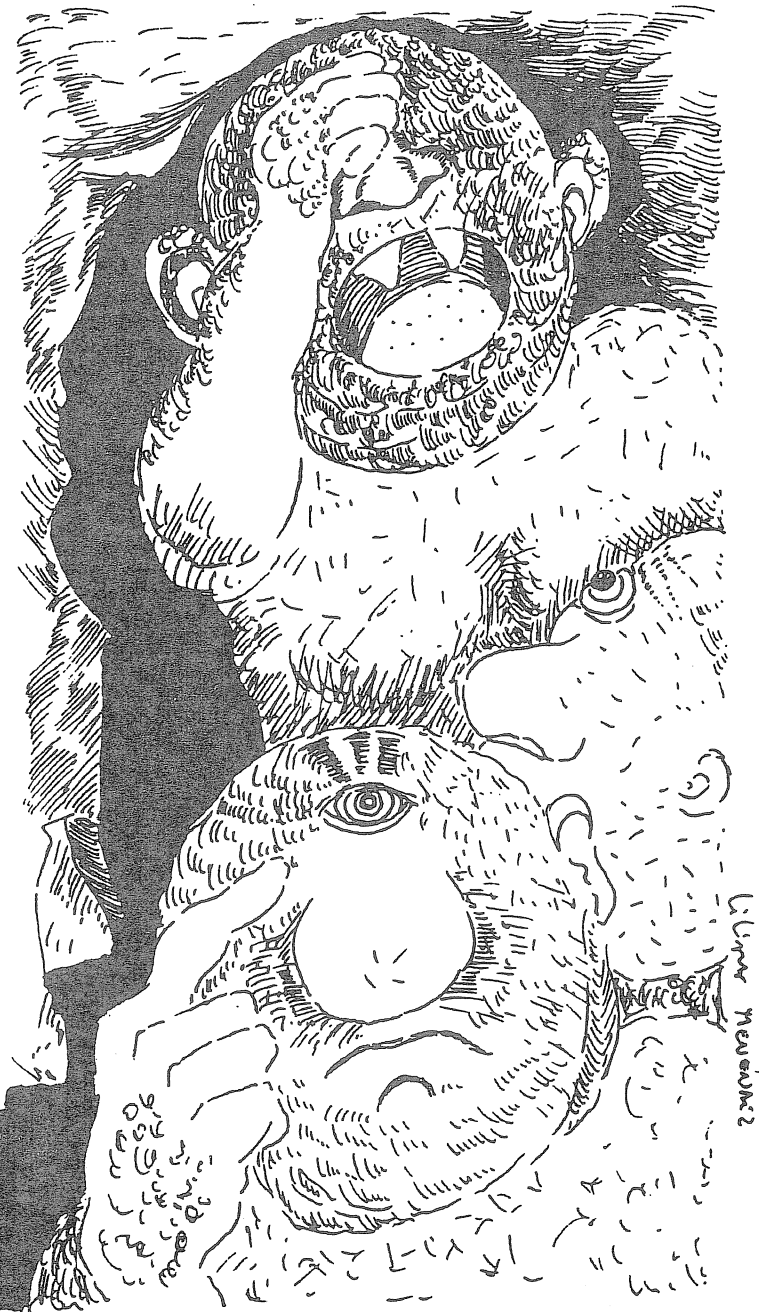
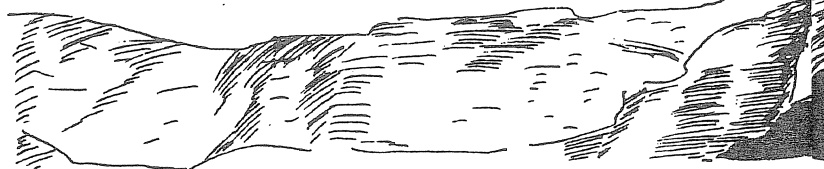
—¿Quién te hizo eso? —preguntaban.

—¡Fue Nadie! —gritaba Polifemo—. ¡Nadie me pinchó el ojo! ¡Nadie me cegó!

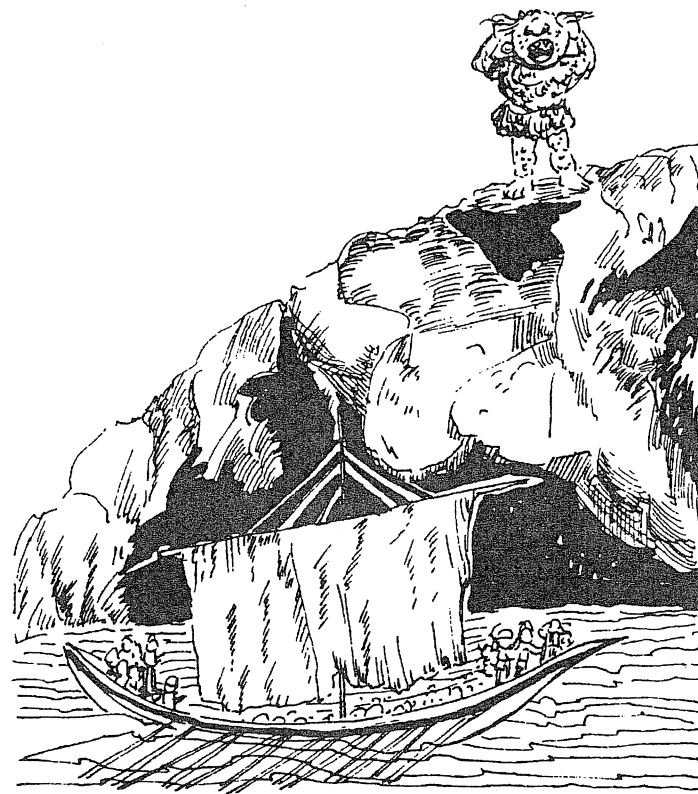
Los cíclopes se miraban unos a otros sin entender.

—Bueno —decían—, si no fue nadie, será un castigo de Zeus, y tendrás que soportarlo en silencio.

El cíclope siguió aullando la noche entera en la puerta de su cueva y, cuando llegó la mañana, abrió la puerta de sus corrales para dejar salir a pastar a las ovejas.



Sabía que los griegos seguían adentro porque él no había abandonado ni por un momento la puerta. Temeroso de que se le escaparan, se agachó y palpó una por una las ovejas y los carneros que salían. Pero, una vez más, Polifemo no contó con la astucia de Ulises: debajo de cada una de las ovejas había un griego, bien agachado y bien tapado por las lanas del vientre del animal. El cíclope palpaba la lana del lomo y de los flancos y suponía que salía sólo una oveja.



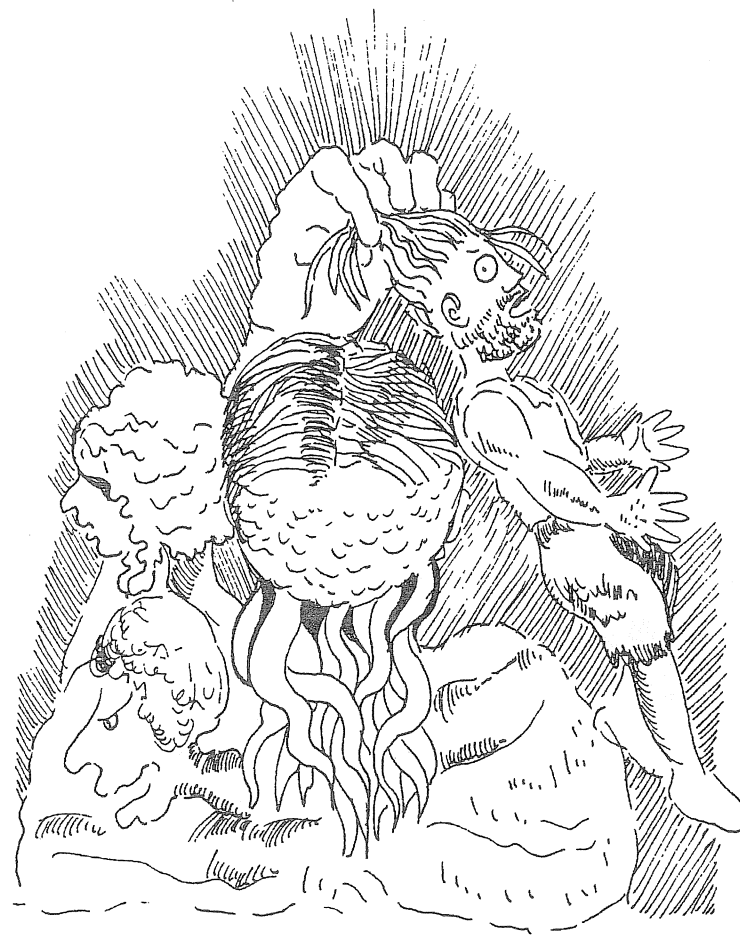
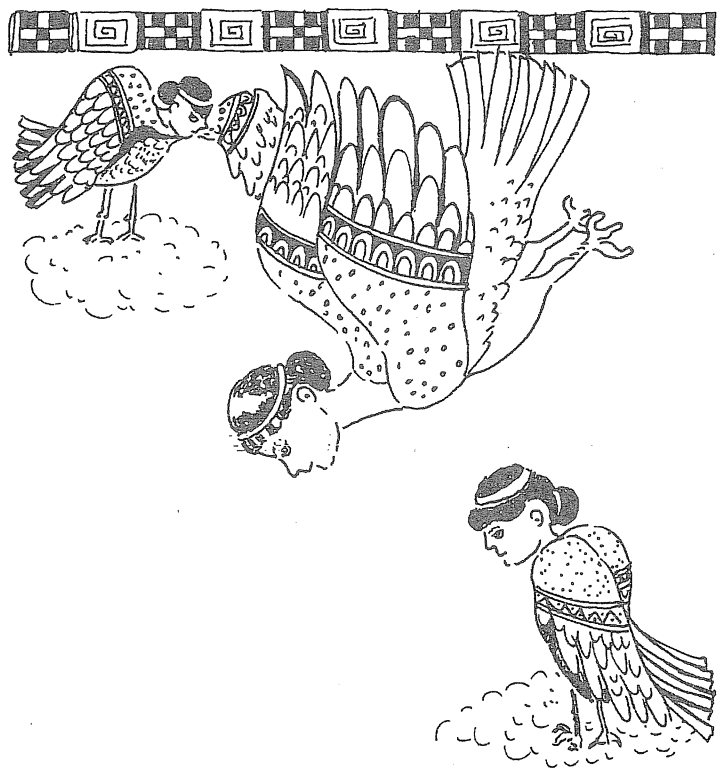
Así fue como Ulises y sus hombres huyeron del cíclope, que, al descubrir que los griegos se habían escapado, se puso a aullar de rabia en la costa.

—¡Nadie se me escapó! ¡Nadie se me escapó! —gritaba.

Los cíclopes lo oían y pensaban que se había vuelto loco.

—Si nadie se le escapó ¿por qué será que grita?

Pero la de Polifemo fue sólo una de las muchas aventuras que tuvieron que vivir Ulises y sus hombres en ese larguísimo viaje de vuelta a casa. También tuvieron que luchar contra la bárbara tribu de los lestrigones. Tuvieron que huir de Circe, la bruja que convidaba con masitas a sus invitados y los convertía en animales. Tuvieron que resistir el maravilloso canto de las Sirenas, que tenía el poder de hechizar a los que lo oían y obligarlos a arrojar al mar.



Tuvieron que escapar de Escila, la monstrea que atrapaba por los pelos a los marinos que navegaban cerca de ella, y de Caribdis, el remolino que se tragaba los barcos.

En fin, el de Ulises y sus hombres fue el viaje más difícil que se haya vivido.

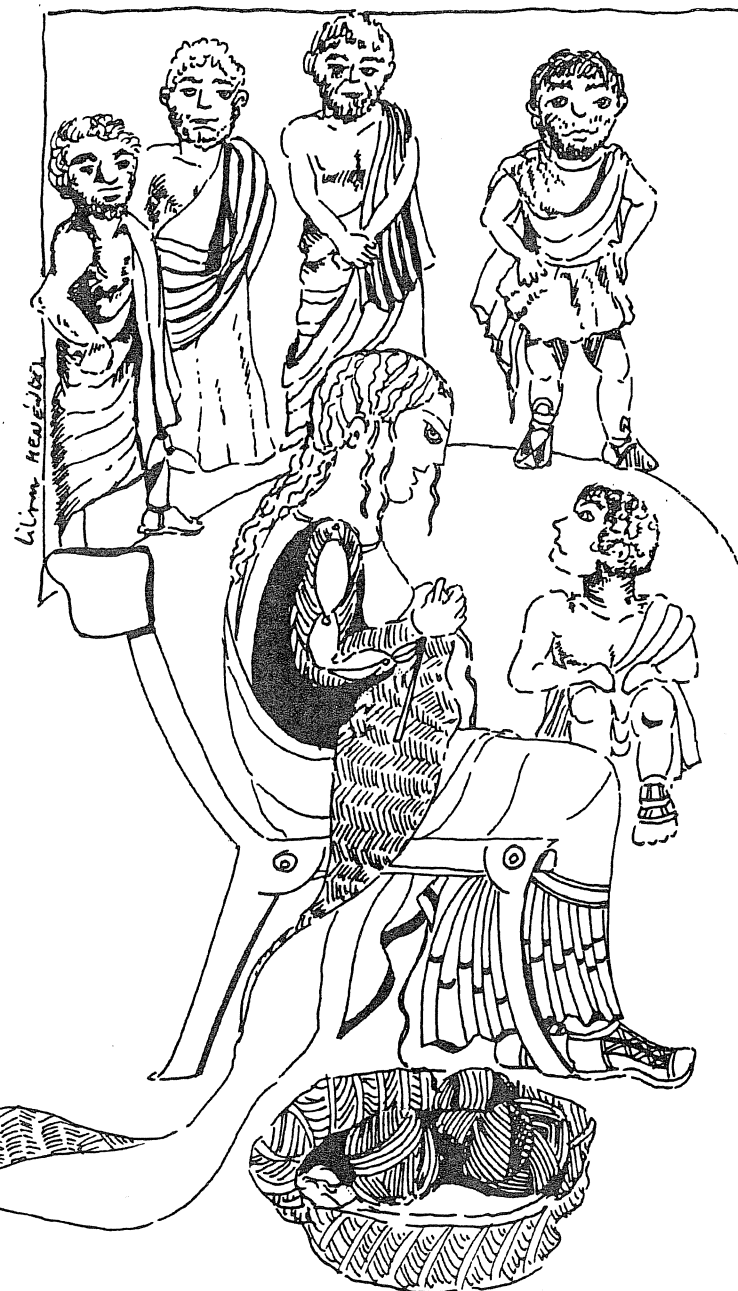
Pero todo estaba dispuesto a soportarlo Ulises por el gran deseo que sentía de abrazar a su esposa y a su hijo.

Mientras tanto, en Ítaca, nadie sabía nada de la suerte de Ulises. No habían llegado noticias de sus aventuras, y muchos opinaban que seguramente había naufragado en alguna tormenta. Penélope, sin embargo, lo seguía esperando, y Telémaco confiaba en el regreso del padre.

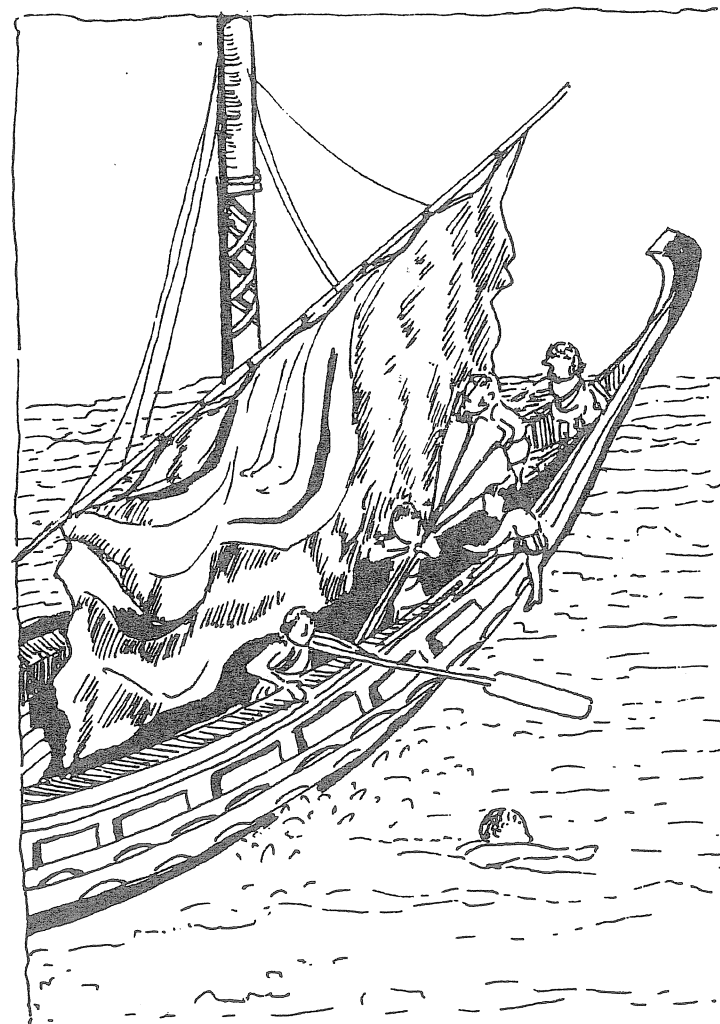
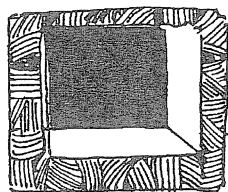
Con los años se habían ido reuniendo alrededor de Penélope un montón de pretendientes, deseosos de casarse con ella, un poco porque la reina era todavía muy hermosa, pero sobre todo porque deseaban apoderarse del reino. Por esa razón se habían puesto de acuerdo en asesinar a Telémaco, el hijo y heredero del rey ausente.

Pero Penélope se resistía a un nuevo casamiento y mantenía a raya a los pretendientes. Buscaba excusas:

—En cuanto termine de tejer esta prenda —decía— les voy a decir con quién de ustedes decidí casarme.



Pero de noche, cuando nadie la veía, Penélope destejía lo que había tejido durante el día. Al día siguiente seguía tejiendo y tejiendo, pero el tejido, claro está, no adelantaba.



Así pasaron algunos años, y así estaban las cosas cuando Ulises llegó por fin a las costas de Ítaca. Habían pasado veinte años desde el día de su partida y estaba todo muy cambiado.

Se encontró con un pastor, que le contó lo que estaba sucediendo en el palacio, cómo asediaban los pretendientes a Penélope y cómo resistía ella a sus ambiciones. También le contó lo que ya todos sospechaban: que los pretendientes tenían planeado matar a Telémaco.

Ulises entonces —¡cuándo no!— preparó otra de su trampa: iba a entrar al palacio disfrazado de mendigo y sólo se daría a conocer a su hijo Telémaco.



Con las ropas en harapos y el rostro muy barbudo y sucio, a medias cubierto por una capucha, Ulises disimuló su presencia en el salón de los banquetes. Para los pretendientes que estaban ahí reunidos era sólo un mendigo más de los que venían a comer los restos de sus festines.

Burlones y groseros, se reían de él, lo insultaban y le tiraban pedazos de pan y cáscaras de fruta.



Ulises desempeñaba a la perfección su papel de humilde pordiosero y soportaba todo con paciencia, a la espera de la venganza final.

Era un día especial: Penélope ya no podía seguir demorando su decisión y esa misma noche se decidiría la suerte de los pretendientes con una prueba de destreza: el que fuese capaz de armar y tensar el arco que había sido de Ulises y de atravesar con una sola flecha otros doce arcos puestos en fila sería el esposo de Penélope y el rey de Ítaca.

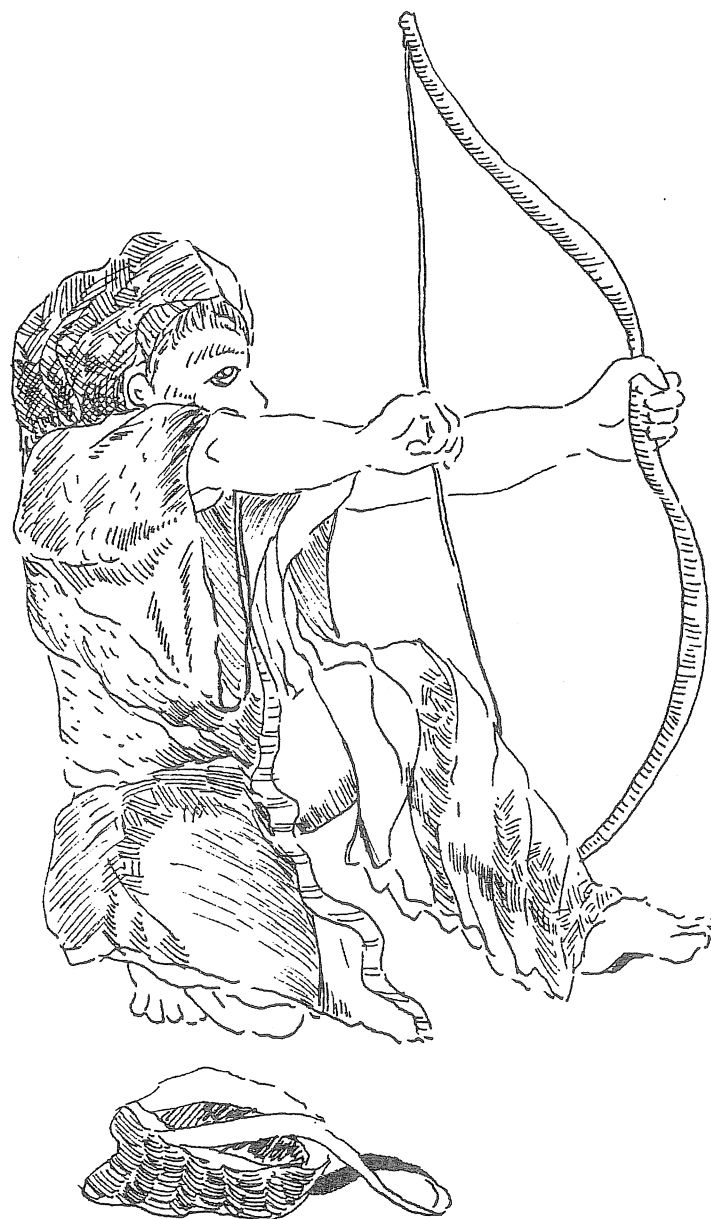
Uno por uno intentaron suerte los pretendientes y ninguno consiguió siquiera curvar el arco para colocarle la cuerda. Cuando el último pretendiente había hecho su intento se oyó la voz del mendigo:

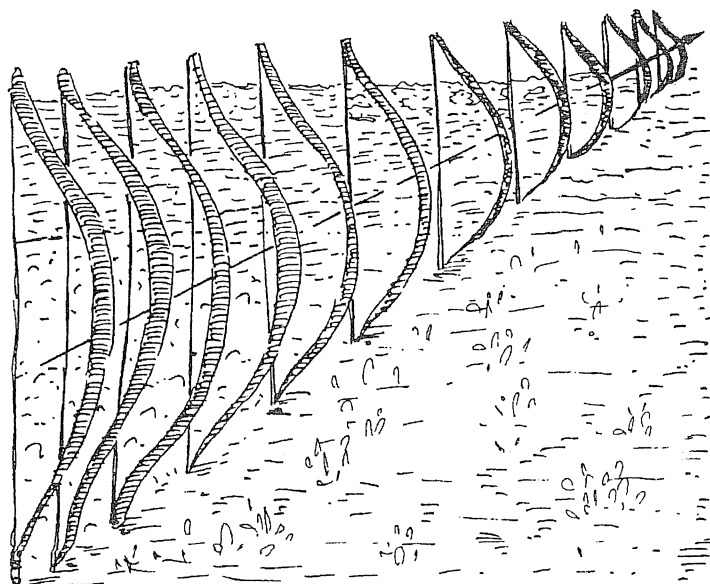
—Soy sólo un miserable, ya sé —dijo Ulises—, pero en mis tiempos fui un soldado. Me gustaría probar de disparar una flecha con ese arco.

Resonaron las carcajadas en la sala. Pero Telémaco, que sabía quién era el falso mendigo, intercedió por él.

—Es sólo un viejo —dijo—. Déjenlo probar.

Los pretendientes, pensando que podía ser un espectáculo divertido, lo dejaron probar.





Ulises tomó el arco con mano firme, lo curvó con facilidad, como quien curva un mimbre, ató la cuerda, la tensó y disparó una sola flecha, que atravesó como un rayo los doce arcos alineados.

Los pretendientes no salían de su asombro. Pero mucho más se asombraron cuando Ulises echó hacia atrás la capucha de sus harapos y reconocieron la inconfundible cabeza del héroe.

Entonces el rey de Ítaca, el dueño de casa, volvió su arco contra los pretendientes y los mató a todos, uno por uno. Pocos minutos después los sirvientes retiraban los cuerpos sin vida: Ulises se había vengado.

Luego se abrazó con su esposa Penélope y con su hijo. Lloraban los tres en medio de la alegría.

El viaje, el largo viaje de Ulises, había llegado a su fin.



En todas las librerías

La Mar de Cuentos

Un viaje a los mundos imaginarios
más espléndidos de la humanidad

CUENTOS DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

MÁS CUENTOS DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

CUENTOS DE LAS MIL Y UNA NOCHES I

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

CUENTOS DE LAS MIL Y UNA NOCHES II

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

HISTORIAS DE LA BIBLIA

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Oscar Rojas)

CABALLEROS DE LA MESA REDONDA

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Oscar Rojas)

LOS CUENTOS DE PERRAULT

(Traducción de Graciela Montes. Dibujos de Saúl)

ANDANZAS DE JUAN EL ZORRO

(Relatos de Horacio Clemente. Dibujos de Tabaré)

LOS VIAJES DE GULLIVER

(Adaptación de Rogelio C. Paredes. Dibujos de Saúl)

FÁBULAS DE ESOPHO

(Versión de Heber Cardoso. Dibujos de María Giuffra)



Impreso en A.B.R.N. Producciones Gráficas,
Wenceslao Villafañe 468, Buenos Aires, República Argentina,
en abril de 2001.